

EL TEATRO  
MODERNO

NO SE PRESTA



G. Martínez Sierra  
Los pastores

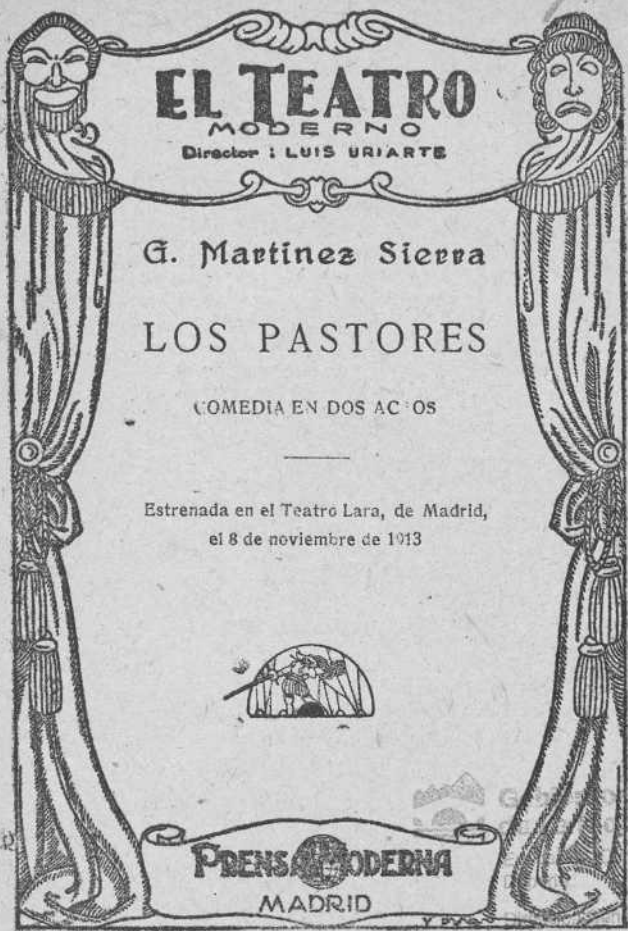
S  
P  
S



T. 196404

R  
8881

X



# EL TEATRO MODERNO

Director : LUIS URIARTE

G. Martinez Sierra

## LOS PASTORES

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid,  
el 8 de noviembre de 1913



AÑO IV

22-IX-1928

Cultura NÚM. 161

Biblioteca de La Rioja

R. 211.111

## REPARTO

### PERSONAJES

### ACTORES

Doña Paquita, 65 años... ..	<i>Leocadia Alba.</i>
Lucía, 18 id... ..	<i>Catalina Bárcena.</i>
Doña Gertrudis, 40 id.... ..	<i>Virginia Alverá.</i>
La Maestra de niñas, 28 id... ..	<i>María Lutsa Moneró.</i>
La Alcaldesa, 45 id... ..	<i>Joaquina del Pino.</i>
Rosita, 20 id... ..	<i>Carmen Gracia.</i>
Niña... ..	<i>María Fernández.</i>
Señora 1.ª... ..	<i>María Mobellán.</i>
Señorita 1.ª.... ..	<i>Clementina Rivera.</i>
Otra señorita... ..	<i>Mercedes Lafuente.</i>
Don Antonio, 60 años.... ..	<i>Ramón Peña.</i>
Don Francisco, 58 id... ..	<i>José Isbert.</i>
Don José María, 28 d... ..	<i>Nicolás Perchicot.</i>
Don Juan de Dios, 45 id.... ..	<i>Manuel Collado.</i>
Juanico, 15 id.: ... ..	<i>Luis Manrique.</i>
Mateo, 23 id... ..	<i>Luis Peña.</i>
Demetrio, 40 id... ..	<i>José Mora.</i>
Niceto, 35 id... ..	<i>Miguel Mihura.</i>
El alcalde, 50 id... ..	<i>Salvador Mora.</i>
Teniente Guardia Civil, 30 id..	<i>Eduardo Zaragoza.</i>

Señoras, señoritas, caballeros.

La acción en un pueblo de Castilla.

## ACTO PRIMERO

El huerto de la casa del cura. Todo el fondo de la decoración está ocupado por la pared lateral de la iglesia, en la cual hay algunas ventanas, y a la izquierda una puertecilla por la cual el cura entra en la iglesia y sale de ella sin pasar por la calle. A la derecha, fachada de la casa rectoral, muy modesta, de dos pisos: en el principal, balcón de hierro con macetas floridas; en el bajo, puerta y una ventana, todo practicable. Delante de la puerta, y adelantando casi hasta mitad del escenario, un emparrado; bajo el emparrado, poyos de piedra adosados al muro, una mesita de pino y sillas de enea. En la pared de la iglesia, espaldares de árboles frutales. En el huerto, cuadros de hortaliza y algunos rosales. En una de las paredes, pozo, y al pie de él una tina para recoger el agua necesaria al riego. Tendida en dos cuerdas, que cruzan la escena, hay, puesta a secar, ropa de iglesia: una sabanilla con encaje, varios amitos, paliás, paños de lavatorio, un alba, una sobrepelliz y uno o dos roquetes que han estado rizados y aún conservan la tiesura del almidón. En el suelo, tendida también a secar, ropa de casa: servilletas, toallas, fundas de almohada. Es verano.

*(Doña Paquita, ayudada por Juanillo, está recogiendo la ropa seca y colocándola en dos grandes cestos de mimbre, el uno blanco y el otro oscuro; están ya casi llenos. A pesar de sus muchos años, doña Paquita va y viene con agilidad y habla con vehemencia.)*

- PAQU. ¡Juanillo, enemigo! ¿Qué haces? Ven acá.  
JUANI. *(Que está mirando a la calle, por encima de la valla que a la izquierda cierra el huerto.)*  
Voy, señora. ¡Qué genio tiene usted tan súbito!  
PAQU. Y tú, qué repoquisima vergüenza. Recoge ese roquete, que ya debe estar seco.  
JUANI. *(Cogiendo el roquete, lo lleva en alto, cantando y haciendo cabriolas.)* El bonete del cura va por el río...

- PAQU. ¡Calla, hereje, calla! Y deja ese roquete en el cesto. Con las cosas santas no se juega.
- JUANI. *(Tirando el roquete al cesto oscuro.)* Ahí va.
- PAQU. ¡En ése, no, enemigo! ¿No ves que es el de la ropa de casa?
- JUANI. ¡Misté que le importará mucho al roquete estar al lao de las servilletas!
- PAQU. Le importe o no le importe, me importa a mí, y basta. Cada cosa en su sitio; que el respeto nunca está de más. Tú no entiendes de eso porque eres el mismísimo mengue, y no le tienes miedo a Dios ni al diablo *(santiguándose)*, ¡el Señor nos libre! Espanta ese gorrión, que nos va a ensuciar la sabanilla. *(Juanillo echa a correr, haciendo grandes gestos para espantar al pájaro.)* ¡Pero no corras, Barrabás, no corras, que con el polvo que levantas se va a poner la ropa hecha una compasión! Descuelga ese amito.
- JUANI. Aguarde usted, que voy por la silla. *(Va a buscar una silla y se sube en ella.)* Adiós, Lucía.
- LUCIA. *(Que pasa por la calle, asoma la cabeza por la valla del huerto.)* Buenas tardes, madrina. En seguida vengo. Voy a la sacristía a recoger la ropa.
- PAQU. Anda con Dios, hija, y no tardes.
- JUANI. *(A Lucía.)* El señor cura ha preguntao por ti.
- LUCIA. *(Con susto.)* ¿Por mí?
- JUANI. Que no te vayas luego sin hablar con él; que te tié que decir cuatro cosas.
- LUCIA. ¿A mí?
- JUANI. Anda a la iglesia, anda, que buena falta te hace, pa que Dios te perdone los paseos que das con el Mateo por los pinares. *(Lucía, sin responder palabra, sale corriendo.)* ¡Miala, miala qué colorá se ha puesto! ¡Como que es verdá!
- PAQU. ¿Te quieres callar?
- JUANI. Ya me callo, pero es verdá. Lo he visto yo con éstos.
- PAQU. Bueno, bueno. Suelta la sabanilla. Con cuida-

do que no se arrastre. (*Juanillo, después de desprender la sabanilla, salta al suelo.*) Ayúdame a estirla. Coge esa punta... tira... no seas bárbaro...

JUANI. ¡Y parece que no ha roto un plato en su vida! ¡Buenas están toas las mujeres! ¡Primero hacer lo que se les antoja, y luego arreglarlo comiéndose a los santos! ¡Santo había e ser yo, pa cuando se arrimara a besarme los pies una beata a medio arrepentir!

PAQU. ¡Pero, enemigo malo, que no has de dejar a nadie en paz con esa lengua condenada... el Señor me perdone!

JUANI. ¿Condená la lengua? Condenao el que hace los desaguisaos, que, por decirlos, poco se peca.

PAQU. Eso crearás tú; se peca y mucho. La caridad nos manda disimular las faltas del prójimo. Además de que nunca estamos seguros de que lo malo que se cuenta sea verdad.

JUANI. (*Con cariño y superioridad cómica.*) ¡Paece mentira que sea usted tan vieja y tan tonta!

PAQU. ¡Insolente!

JUANI. No se enfade usted. Quié decirse... (*Buscando una palabra fina*) tan... amos, tan pava. To lo malo que se cuenta es verdá, más otro tanto que no se sabe. ¡Apañá está la gente!

PAQU. Calla, calla, saco de malicias, que me da horror oírte. ¿De dónde habrás nacido tú?

JUANI. (*Riéndose.*) De una mujer y un hombre, como to el mundo. (*Se oye un volteo de campanas, ruido de gente que se supone sale de la iglesia y voces de chiquillos que gritan:*) ¡Bateo! ¡Bateo!

JUANI. (*Tirando un amito que tiene en la mano y echando a correr.*) ¡Bateo! ¡Bateo! Ya salen. (*Desaparece por la izquierda.*)

PAQU. ¿Dónde vas? ¡Juanillo, Juanillo! Sí, échale un galgo. ¡Y me deja el amito en el suelo! (*Recoge el amito y se acerca a mirar por la valla.*) ¡Qué compuesta va la madrina! (*Arrecia el*

*ruido dentro. Se oyen caer puñados de calderilla, carreras, gritos y disputas de la chiquillería.)*

VOZ. ¡Viva el padrino!

VOCES. ¡Bateo! ¡Bateo!

VOZ. ¡Eche usted más!

VOCES. ¡Bateo!

VOZ. ¡Es mía!

VOZ. Yo la he visto primero.

VOZ. ¡Pero yo la he cogido!

VOCES. ¡Bateo! ¡Bateo!

VOZ. ¡Eche usted otra!

VOCES. *(Cantando.)*

¡Bateo tronao,  
que lo han bautizao  
debajo e la pila!

VOZ. ¡Es mía!

JUANI. ¡Qué más quisieras tú!

VOZ. ¡Que sí!

JUANI. ¡Que no! *(Ruido de bofetadas y de voces de chicos.)*

VOZ. ¡Dale, dale!

VOZ. ¡Cobarde!

OTRA. ¡Morrall! *(Durante toda esta escena doña Paquita mira por la valla, santiguándose y haciendo oportunamente los siguientes comentarios.)*

PAQU. ¡Ay, Jesús, alguno sale con la cabeza rota! No me gusta que les echen dinero... el mismo diablo tienen en el cuerpo. ¡El Señor me perdone! ¡Juanillo, ven acá! Sí, sí, a buena hora... ¡Ay, Virgen Santísima, que se descalabran! ¡Suelta, bandolero!

VOZ. ¡El sacristán! ¡Que viene el sacristán!

PAQU. ¡Benito, sepárelos usted!

SACRI. ¡A casa, granujas!

VOCES. *(Cantando.)*

¡Sacristán que vendes cera  
y no tienes colmenar,

rapavérum de las velas,  
rapavérum del altar!

(Carreras y gritos.)

- PAQU. ¡Habrá deslenguados! ¡Jesús, Ave María!
- SACRI. ¡Largo de aquí! Y tú, anda a tu casa. (Entra Juanillo, ligeramente descalabrado y excitado por la disputa.)
- PAQU. ¡Jesús, sangre!
- JUANI. (Limpiándose con la manga.) No se asuste usted, que no es na.
- PAQU. ¡Si no te va a quedar figura humana, a fuerza de chichones y descalabraduras! Y te está muy bien empleado por meterte en pependencias.
- JUANI. El me ha descalabrao a mí, ¡pero, anda, que yo a él! No, y en cuanto le coja se va a acordar; ¡por éstas!
- PAQU. No jures, que es pecado mortal.
- JUANI. ¡Sarnoso, muerto de hambre! Por una perra, ¡y chica!, que no han tirao una gorda ni pa un remedio. ¡Valiente padrino! ¡Pues no te digo el padre!... ¡Una peseta en céntimos! Y pa eso iba detrás del crío tan orgulloso... ¡Como si fuera suyo!
- PAQU. Pero, sayón, ¿qué estás diciendo?
- JUANI. ¡A ver!
- PAQU. ¡Cierra esa boca, que va a caer un rayo del cielo y te va a abrasar vivo! ¡Habrá bochorno! ¡Cualquiera que pase y oiga estas palabrotas en la propia casa del cura! (Entra por la puertecilla que da a la iglesia don Antonio. Sesenta años, aire bondadoso, pero al mismo tiempo muy enérgico; pelo blanco y áspero. Viene con sotana y solideo. Trae en la mano una Virgen con Niño, de talla, pequeña y muy antigua.)
- ANTO. Ea, ya hemos hecho un cristiano. (Mirando a doña Paquita.) ¿Qué te pasa, mujer, que estás tan alterada?
- PAQU. ¿Que me ha de pasar? Lo de siempre. Que este Judas Iscariote va a acabar conmigo.
- ANTO. ¡Vaya por Dios, mujer! ¿Qué ha hecho?

- PAQU. Que te lo cuente él.  
 JUANI. (*Humilde.*) ¡Si no hay na que contar, señor cura! Total, una pedrá... por coger una perra en el bateo. Lo que hay que las mujeres lo abultan to... y las viejas, más.
- PAQU. ¡Las mujeres... las viejas!  
 ANTO. (*Sonriendo.*) Se dice las señoras ancianas. Te tengo repetido mil veces que, cuando te retieras a mi hermana, es preciso que hables con respeto.
- PAQU. ¡Sí, sí...; respetuoso es el niño!  
 ANTO. Y ahora entra a lavarte ese chirlo y a ponerte un pedazo de tafetán.
- JUANI. (*Golpeándose la cabeza.*) No haga usted caso... ¡es dura!
- ANTO. Ya, ya...; pero no importa. (*Juanillo entra en la casa. Doña Paquita se le queda mirando.*)
- PAQU. ¡Muy bonito! ¡Me parece muy bien! Déjale marchar con tu santa calma, sin decirle esta boca es mía... ¡Así como así, el angelito necesita que le den alas!
- ANTO. ¿Pero quieres que le rompa una pata porque le han roto la cabeza?
- PAQU. La cabeza rota es lo de menos. Lo de más es la lengua de víbora que tiene. Hazte de nuevas.
- ANTO. ¡Si llevo cinco años oyéndote la misma canción!
- PAQU. ¡Y los que llevarás!
- ANTO. ¿Qué quieres que hagamos con él? No tiene padres, no tiene familia. Le amparamos, como era nuestra obligación. ¿Le vamos a echar ahora a la calle? En el fondo es buen chico.
- PAQU. Es un torbellino. Todo lo enreda, todo lo revuelve...
- ANTO. Calma, mujer, calma; que con paciencia se gana el cielo.
- PAQU. ¡Dios te bendiga!
- ANTO. ¿Ha venido don Juan de Dios?
- PAQU. No.

- ANTO. Me sorprende. Ya debe hacer lo menos media hora que ha llegado el tren.
- PAQU. Vendrá en el último.
- ANTO. No creo. Me dijo esta mañana, al marcharse, que no haría más que ir al Obispado, enterarse de lo que haya, y volver.
- PAQU. ¡Como si no le conocieras! Se habrá ido deteniendo en todas las Iglesias que haya encontrado al paso a rezar la Estación.
- ANTO. Verdad. Es un santo.
- PAQU. ¿De quién era el bautizo? ¿De la tahona nueva? ¿Y no te han convidado siquiera a ir a tomar un dulce? ¡Después de que, si no fuera por ti, a estas horas se estaría el padre pudriendo en la cárcel! Cría cuervos...
- ANTO. Sí me han convidado, mujer; no faltaría más. Soy yo el que no he querido ir.
- PAQU. En eso has hecho bien, porque ¡tendrá que ver el agasajo! De fijo se emborracha hasta la criatura.
- ANTO. (Sonriendo.) Caridad, Paquita.
- PAQU. ¿Quieres el chocolate?
- ANTO. Gracias. Hoy no tengo gana de merendar.
- PAQU. ¿Estás malo? ¿Te duele algo?
- ANTO. No.
- PAQU. ¿Preocupado?
- ANTO. ¡Bah!
- PAQU. ¿Quieres que mande a las Clarisas a preguntar si ha vuelto don Juan de Dios?
- ANTO. No, mujer; lo que sea sonará.
- PAQU. Ya podía el señor Arzobispo haberse buscado otra diversioncita y dejar en paz a los curas de su diócesis.
- ANTO. Calla, Paquita, calla. ¿Tú qué entiendes?
- PAQU. Poco entendimiento hace falta para comprender que no tiene sentido el que sacerdotes como tú, hartos de años y de canas, hayáis tenido que iros a examinar como doctrinos...
- ANTO. Su Ilustrísima sabe lo que hace. Ha querido recontar sus pastores y saber en qué manos tiene el rebaño.

- PAQU. ¡Que venga y lo vea! Aquí, junto al rebaño, como tú dices, es donde se sabe lo que vale el pastor. ¡Latines y teologías!... Que venga, que pregunte, que se entere de lo que era este pueblo hace treinta años y de lo que es ahora, gracias a ti, a lo que has trabajado, a la sangre que te han consumido estos adoquines, ¡el Señor me perdone! ¿Y para ganar qué?
- ANTO. Mujer, el cielo. ¿Te parece poco?
- PAQU. Eso será; que lo que es otra cosa... Hasta ahora no se les ha ocurrido en el Arzobispado acordarse de ti, y llevas treinta años trabajando de ecónomo, es decir, a mitad de sueldo.
- ANTO. Por eso, precisamente, mujer. Su Ilustrísima, al encargarse de esta diócesis, se encontró con que éramos muchos los que estábamos en el mismo caso, los que venimos años y años ejerciendo de párrocos, sin serlo en realidad, trabajando, como tú dices, a mitad de sueldo, y ha querido remediar la injusticia. Después de estos exámenes, todos seremos curas en propiedad... y tendremos el sueldo completo. Alégrate.
- PAQU. ¡Lo que es yo! Para lo que ha de parar el dinero en esta casa...
- ANTO. Será porque en otras lo necesitan. De todos modos, nunca viene mal. *(Doña Paquita, mientras hablan, ha acabado de recoger y doblar la ropa.)*
- PAQU. ¿De modo que no quieres el chocolate? Entonces le daré prisa a la cena. ¿Entras tú?
- ANTO. No, me quedo aquí tomando un poco el fresco.
- PAQU. ¿Me llevo la Virgen?
- ANTO. No; dile a Juanillo que me saque la caja de las herramientas. Le quiero componer la corona, que se le han saltado unas piedras. *(Doña Paquita entra en la casa, llevándose uno de los cestos. Don Antonio se sienta junto a la mesa, sobre la cual ha colocado la Virgen; le quita la corona; saca del bolsillo un papel en el cual están cuidadosamente envueltas dos o*

*tres piedras falsas; la desdobra. Aparecen junto a la valla Niceto y Demetrio. Niceto es sencillamente bruto. Demetrio es melifluo, afeminado y gestero. Ambos son hombres de pueblo.)*

- DEME. Alabado sea Dios.  
 ANTO. Por siempre.  
 NICE. ¿Hay licencia?  
 ANTO. Adelante.  
 NICE. Buenas tardes.  
 ANTO. Muy buenas.  
 DEME. Felices, señor cura.  
 ANTO. ¿Qué se ofrece?  
 DEME. Poca cosa, señor cura.  
 NICE. Y mala.  
 ANTO. ¡Todo sea por Dios! Sentaos.  
 DEME. Con licencia. *(Se sienta.)*  
 NICE. Yo estoy bien así.  
 ANTO. Pues a tu gusto, hijo. A ver, ¿qué es ello?  
 DEME. Verá usted, señor cura, las cosas hay que principiarlas desde el principio, porque, como dice el refrán, principio quieren las cosas. De forma que...
- NICE. Lo que tié usted que hacer es no hacer caso de lo que diga éste, que con el aquel de explicarse a lo fino, to lo pone a su comenencia.
- DEME. Pues explícate tú a lo bruto, si te parece.  
 NICE. Pa explicarse a lo bruto no era menester haber venido aquí, que buenos puños tengo y buen garrote, aunque me esté mal el decirlo. Lo que hay es que cualquiera te abre a ti la cabeza, que no tiés de hombre más que la estampa, pa que luego se corra por to el pueblo y lo desacrediten a uno por cobarde.
- DEME. Miedo se llama eso.  
 NICE. ¡Miedo yo a ti! *(Señalando al cura.)* ¡Si no fuera mirando que hay faldas por delante!
- ANTO. Bueno, bueno, acabad de una vez, a lo fino, a lo bruto, o como sea. *(A Demetrio.)* Habla tú.

- DEME. Pues verá usted, señor cura. Yo tenía un burro, con perdón sea dicho...
- NICE. Burro, por mal nombre.
- DEME. No sé por qué.
- NICE. Ya ve usted qué alhaja sería el animal, que me lo vendió por tres duros y medio.
- DEME. No sería tan malo, cuando me lo compraste.
- NICE. ¡Señor, porque me hacía falta un penco pa tirar de la noria! ¿Iba a comprar un potro de carreras? Entoavía fué caro.
- DEME. Caro o no caro, tú te lo llevaste y yo no vi el dinero.
- NICE. ¿Pero no tratemos que te lo pagaría en cuanto que vendiera la cebá?
- DEME. No sé lo que tratamos.
- NICE. Pues yo sí. Y a cuenta que por lo de la espera en cobrar aumentemos el pico del medio duro; que al contado me lo dabas en tres.
- DEME. Total, que el burro seguía siendo mío.
- NICE. El burro era mío, puesto que te lo pensaba de pagar; y no tendré otra cosa, pero lo que es palabra...
- ANTO. ¿Pero qué mil demonios os importa que el burro sea de uno o sea de otro, puesto que tú le tienes y tú le cobras?
- NICE. Es que ya no es de nadie, señor cura.
- ANTO. ¿Cómo que no es de nadie? ¿Por qué?
- NICE. Porque se ha muerto.
- DEME. Ayer anochecido.
- ANTO. ¿Ah, se ha muerto cuando ya le tenías en tu poder?
- NICE. Tres días, sí, señor.
- ANTO. Pues le pagas y andando.
- NICE. Eso digo yo. ¡A toca teja! Ahí van los tres duros y medio. *(Echa el dinero, que saca de la faja, sobre la mesa.)*
- DEME. Te los puedes guardar.
- NICE. Mía que no te los vuelvo a ofrecer.
- DEME. ¡Tres duros y medio! ¡Barato compras tú!
- ANTO. Pero...
- DEME. Eso estaría bueno si el animal, con perdón

sea dicho, se hubiera muerto de muerte natural.

NICE. Es que si llega a morir de muerte natural no te los pago.

DEME. ¿Lo ve usted cómo va de mala fe, señor cura?

ANTO. Pero, entendámonos, ¿de qué se ha muerto el burro, y qué tiene que ver la muerte con el precio?

NICE. Pues misté, señor cura, las cosas, claras. Ayer anochecido volvía la Paca, mi mujer, de la huerta pa casa, con el burro, que talmente no podía moverse, y dió la mala pata que pasó un automóvil, y el burro se espantó y se metió en medio, y el automóvil tropezó con él y le dió en semejante parte (*Señalándose la cabeza.*), con perdón sea dicho; y como el animal estaba delicao, pues se quedó en el sitio; y la Paca, como las mujeres son así, pues empezó a chillar y a decir que el jumento era el pan de sus hijos, y que estaba arruiná, y que reclamar, y que la justicia, y los del automóvil, que a la cuenta eran tontos de la cabeza, por no oírla, le dieron un billete de veinte duros y echaron a correr. Velay.

ANTO. Bueno, ¿y qué?

NICE. Na; que ahora sale éste con que los veinte duros son suyos.

DEME. Naturalmente. ¿No los dieron para pagar el burro? Y el burro, ¿no era mío?

NICE. ¿Pero no te le había compraó yo?

DEME. Mientras no se paga, no se compra.

NICE. ¡Pero si hace dos horas que te le estoy queriendo pagar!

DEME. Es que ahora lo he pensado mejor y ya no me trae cuenta venderle.

NICE. ¿Pero no estaba el trato hecho?

DEME. A ver la escritura.

NICE. ¡La escritural! ¡En los sesos te la voy a estampar con sello y to, pa que no se te olvide! (*Se arroja sobre él. Demetrio, sobrecogido, se defiende, queriendo escapar.*)

- DEME. ¿Pero usted ve qué hombre?  
 ANTO. (Sin moverse.) Las manos, quietas. Apartarse, y silencio. (Niceto, un poco confuso, se aparta, soltando a Demetrio.) ¿A qué venís aquí?
- NICE. A lo que viene uno siempre. A que dé usted la razón al que la tenga. Y que es cosa mía, porque éste, la verdad por delante, no quería venir.
- DEME. Por no molestar al señor cura.  
 NICE. Que se moleste, que pa eso ha estudiao.  
 ANTO. Pues el burro, en justicia (A Niceto.), era tuyo.
- DEME. Considere usted, señor cura...  
 ANTO. Ya está considerado. Por consiguiente, los veinte duros, aunque obtenidos por medio de un engaño, harto censurable, tuyos son.
- NICE. (Dando media vuelta.) Buenas tardes.  
 ANTO. Aguarda, aguarda. Tuyos son; pero, considerando que este amigo, fiado en tu honradez, te había hecho el favor de entregarte el jumento sin haberlo cobrado, exponiéndose a la contingencia, que tú mismo has reconocido, de no cobrarle en caso de muerte natural; teniendo en cuenta que los veinte duros te han venido por suerte, sin trabajo ninguno por parte tuya, debes repartir la suerte con él. Por lo tanto, en vez de los setenta reales que le debes, le entregas siete duros, y no se hable más. ¡Siete duros! ¡No es na!
- NICE. ¿Es decir, que él se queda con trece?  
 ANTO. Justo, y tú vas ganando tres y medio. Y si no estáis contentos, al juez.
- NICE. Al juez, pa que lo embrolle to, y encima se lleve los veinte duros... De sobra sabe usted que en este pueblo no hay más juez que usted.
- ANTO. Pues a aflojar la bolsa.  
 NICE. Es que...  
 ANTO. ¿Qué?  
 NICE. Na, que buena se va a poner la Paca si le voy con el cuento de que he dao siete duros.

- ANTO. Bastante caso le haces tú a la Paca.  
 NICE. Usté no sabe lo que son mujeres.  
 ANTO. ¿Quién manda en tu casa, canastos?  
 NICE. Como mandar, manda uno... pero a ellas ¡cualquiera las convence!  
 ANTO. Sí, que se te pone a ti mucho por delante para darle a la tuya cada pie de paliza que canta el credo.  
 NICE. Eso es diferente. Uno las pega, pero ellas se salen con la suya. (*Llaman en la valla, golpeando.*)  
 ANTO. ¿Quién?  
 FRAN. Gente de paz. (*Entra don Francisco.*)  
 ANTO. ¡Ah, doctor, adelante! Buenas tardes.  
 FRAN. ¿Qué vida?  
 ANTO. (*Señalando a los hombres, que están contando el dinero.*) Ya ve usted, la de siempre: arreglando pleitos.  
 FRAN. ¿De balde?  
 ANTO. Naturalmente. Es la única ventaja que, según estos bárbaros, le lleva mi justicia a la del juez. (*Niceto y Demetrio se rien.*) ¿Está ya?  
 NICE. Sí, señor.  
 ANTO. Pues, andando.  
 DEME. Buenas tardes.  
 NICE. Hasta más ver.  
 ANTO. No os molestéis en dar las gracias.  
 DEME. Usté disimule, señor cura.  
 NICE. Ya sabe usté que se agradece. (*Salen Demetrio y Niceto. Juanillo entra y deja encima de la mesa un cajón en el cual están cuidadosamente colocadas varias herramientas: martillo, alicates, tenazas, etc.*)  
 JUANI. Aquí está la herramienta. ¿Manda usté algo más?  
 ANTO. Enséñale al doctor la descalabradura.  
 JUANI. Si no es na... ya me la he curao yo.  
 FRAN. (*Acercándose a Juanillo y quitándole un pañuelo que lleva a la cabeza a modo de venda.*) A ver... ¿qué te has puesto aquí?

- JUANI. ¿Qué me voy a poner? Un cacho e cebolla con sal y vinagre.
- FRAN. Cura radical.
- JUANI. ¿Está mal?
- FRAN. Mete la cabeza en la tina... lávate bien... (*Juanillo obedece.*) Ven acá... sécate... (*Le pone un pedazo de tafetán.*) Hasta otra. Mala hierba nunca muere.
- PAQU. (*Dentro.*) Juanillo, entráte el cesto negro.
- JUANI. Voy, señora. (*Juanillo coge el cesto oscuro y entra en la casa con toda calma.*)
- FRAN. ¿Dónde está el botijo? (*Va a coger el botijo, que está en uno de los poyos que hay debajo del emparrado, y bebe a chorro.*)
- ANTO. Hace calor, ¿eh?
- FRAN. (*Sin soltar el botijo de la mano.*) Echa lumbre la tierra por esos caminos. Y yo que vengo desde la Venta Vieja... (*Vuelve a beber largamente.*) ¡Ah! No hay como un buen trago de agua fresca cuando se tiene sed. (*Deja el botijo en el poyo y se acerca a la mesa.*) La Naturaleza ha sido verdaderamente sabia, poniendo los placeres más grandes de la vida en cosas que no cuestan dinero. Eso tenemos que agradecer los flacos de bolsillo.
- ANTO. (*Sonriendo.*) ¿A la Naturaleza o a la Providencia, señor don Francisco?
- FRAN. Como a usted más le guste, señor don Antonio; por una palabra no vamos a reñir. (*Se sienta.*) ¿Sabe usted algo de lo suyo?
- ANTO. Todavía, nada. Estoy esperando a don Juan de Dios, que ha ido al Arzobispado en busca de noticias. ¿Qué enfermo tiene usted en la Venta Vieja?
- FRAN. El abuelo. Vaya usted por allí.
- ANTO. ¿Está muy grave?
- FRAN. Tiene fiebres malignas. Otro se moriría, pero él no sé.
- ANTO. ¿Qué le ha mandado usted?
- FRAN. Lo que a todos: baños y agua de limón a pasto.

- ANTO. ¡Ja, ja, ja! No le hará daño el remedio.  
 FRAN. ¿Le parece a usted poca ventaja? Además, ¡quién sabe! Desde el día en que le bautizaron, de fijo no le ha vuelto a llegar el agua al cuerpo, ni por dentro ni por fuera; se ha pasado la vida trabajando en el campo y está el hombre abrasado de vino y de sol. Tal vez la novedad del agua haga milagros.
- ANTO. Puede que tenga usted razón.  
 FRAN. No será el primer caso. ¡Ah, remedios, remedios! Todo es relativo. Ayer en la botica había puesto cátedra ese mediquillo nuevo... el hijo de la Justa, que acaba de llegar de la Corte con la carrera recién acabada, parece chico listo... un poco pedante, es natural... pero sabe, sabe... Hablaba de sueros, de inyecciones nuevas, de inmunidad, y al hablar me miraba de reojo, como diciendo: Aprende. Yo me reía para mi capote, pensando: Perora, hijo, perora... estos adoquines están hechos de un barro que no se conoce en la Facultad. Yo también supe libros en mis tiempos... tiempos han de venir que tú te rindas a la sabiduría omnipotente del agua de limón. Es como si usted les preguntase, cuando se van a confesar, si han pecado contra el Espíritu Santo. Las leyes de los sabios son para los sabios.
- ANTO. Y las teologías para los teólogos. A esta gente hay que hacerle el bien a puñetazo limpio.  
 FRAN. Poco menos que a puñetazos he conseguido yo vacunar a toda la chiquillería del arrabal. Entré en la escuela ayer por la tarde, cerré, puse en la puerta al "Tuerto" con una tranca, y dije: ¡De aquí no sale nadie sin vacunar, eal! ¡Había usted de oír la chillería! Pero ya se me habían muerto tres en dos días, y no había modo humano de convencer por buenas a las madres: todavía están las indinas en que se les revuelven los humores. Para humor el mío cuando tengo que firmar una defuncioncita por viruela. (Pausa.) Claro es que ahora, si se me

- muere alguno de los vacunados, me querrán linchar. Y digo yo: ¿A mí, y a usted lo mismo—que los dos somos tal para cual—, quien nos manda meternos en jaleos, que ni agradecidos ni pagados?
- ANTO. La caridad, doctor.
- FRAN. El atán de meterse a redentor, que no le deja a uno vivir tranquilo.
- ANTO. ¿Qué quiere usted? La mayoría de los seres humanos son tan bestias—con perdón sea dicho—, que los que, por la gracia de Dios, lo somos un poquitillo menos, estamos obligados a emplear toda nuestra inteligencia en remedio de su barbaridad. ¡Ellos qué culpa tienen; pobrecillos!
- FRAN. ¡Don Antonio, don Antonio, le veo a usted en camino de hablar mal de la Providencia!
- ANTO. No, por cierto. Dios lo ha hecho todo, y todo está bien como Dios lo ha hecho. El sabe por qué.
- FRAN. Lo sabe... y se lo calla. *(Lucía entra de la calle, y atraviesa rápidamente el huerto, haciendo señas de que espere a alguien que está en la calle y a quien no se ve. Trae una bandeja de mimbre cubierta con un paño blanco.)*
- FRAN. Hola, Lucía.
- LUCIA. Buenas tardes, don Antonio y la compañía. *(Quiere pasar sin detenerse.)* ¿Está mi madrina?
- FRAN. Mucha prisa llevas.
- LUCIA. Vengo a traer la ropa de la Iglesia.
- ANTO. Ven aquí, que tenemos que hablar.
- LUCIA. *(Turbándose.)* Sí, señor.
- ANTO. Deja eso ahí. *(Lucía deja el cesto.)* ¿A quién hacías señas?
- LUCIA. A nadie, no, señor... *(Don Antonio la mira fijamente.)* es decir, al Mateo, que está ahí fuera esperándome... pero no crea usted...
- FRAN. El Mateo, ¿eh? Por lo visto, vas para alcaldesa.
- LUCIA. ¿Yo?

- FRAN. ¡A ver! El será alcalde en cuanto su padre se canse de serlo: de modo que, más claro... La mujer del quesero, ¿qué será?
- LUCIA. ¡Qué cosas tiene usted, don Francisco!
- FRAN. ¡Ahl! ¿No te piensas casar con él? Mal fin les veo entonces a los paseitos que das anochecido por los pinares.
- LUCIA. ¿Yo?
- FRAN. Con él, sí, señora, tú. No digas que no, porque te han visto.
- LUCIA. ¿Quién?
- FRAN. Yo... ¿qué más quieres?
- ANTO. Oyeme, Lucía; yo también estoy enterado de esos paseos.
- LUCIA. ¡Por el Juanillo, que es un bocaza!
- ANTO. Por quien sea... ¿qué más da? Las cosas, no hacerlas, que, tarde o temprano, por unos o por otros, se han de saber.
- LUCIA. ¡Claro!
- ANTO. Y no está el daño en que se sepan, sino en haberlas hecho. ¿Me entiendes?
- LUCIA. Sí, señor.
- FRAN. Algo es algo.
- ANTO. Vamos a ver. ¿Tú qué te propones con esos amoríos a escondidas?
- FRAN. A escondidas... relativamente.
- LUCIA. Yo... ya ve usted...
- ANTO. Tú eres pobre de solemnidad; él es rico. Tú eres huérfana; él tiene el padre alcalde. ¿Pienzas que por tu linda cara se va a casar contigo? (*Lucía no responde.*) ¿Entonces?
- LUCIA. Yo le quiero...
- ANTO. Y él, ¿te quiere a ti?
- LUCIA. Eso dice.
- ANTO. No estás muy cierta.
- LUCIA. Ya ve usted... los hombres...
- ANTO. ¿Y con todas esas seguridades te estás comprometiendo como una loca?
- LUCIA. Cada uno tiene su alma en su almarío...
- ANTO. ¿Qué quieres decir con eso?
- LUCIA. Ya ve usted... Una, de sobra sabe que una no es

nadie, y que es una una pobre, y una ignorante, y una paleta... bueno, él también es de pueblo, y como estudios, lo que se dice estudios..., en fin..., bueno, sí, dinero tiene...; es decir, su padre—con su pan se lo coma—; pero eso no es razón para que su madre esté tan orgullosa y la mire a una como si fuera un perro...

ANTO. ¿Qué tiene que ver su madre?

LUCIA. ¡Sí, señor, que tiene! Que el día de la Virgen de Agosto, va para un año, estaba su hijo bailando conmigo, lo cual que no creo que fuera ningún crimen, y fué ella y le quitó de bailar, y dijo en medio de la plaza que era su hijo mucho para bailar conmigo, y de sobra sabe una que es una una pobre, pero una tiene su alma en su almarío, y dije: "Pues te vas a fastidiar"; y dicho y hecho.

ANTO. ¿Pero no comprendes que la que se fastidia eres tú?

LUCIA. Sí que es verdad, pero ella, ¡bien que rabia!

FRAN. Siempre es un consuelo.

ANTO. Pero ven aquí, alma de cántaro... ¿Te parece a ti que el hacer rabiar a una pobre señora, que, después de todo, no te ha hecho ningún daño, es motivo bastante para que tú pierdas la vergüenza? ¿No sabes que la única dote que tiene una infeliz como tú, es la honradez, es la buena fama, es el que nadie tenga que decir de ella ni tanto así? ¿No comprendes, cabeza de leño, que si a la señora alcaldesa le parecías poco para su hijo, siendo decente, a ella y a los demás qué vas a parecerle, para él ni para nadie, cuando no tengas decencia que perder? ¿Dónde vas a ir cuando todos te miren con desprecio? Y aunque no lo supiera nadie, lo sabría Dios, Dios a quien ofendes siendo cristiana, siendo Hija de María... ¡Con qué ojos de tristeza te verá la Señora desde el cielo! (Ella baja la cabeza.) ¿Qué piensas?

LUCIA. Ya le decía yo a Mateo que si usted lo sabía le iba a parecer mal.

ANTO. ¿Y él, qué te contestaba?

LUCIA. *(Con ingenuidad.)* Que a usted quién le mete... *(El médico se ríe.)*

ANTO. *(Con indignación casi cómica.)* ¿Que a mí quién me mete? ¿Quién me va a meter? No tienes padre: tu madre está baldada; mi hermana es tu madrina... y aunque no lo fuera, te he visto nacer, te he bautizado, te he enseñado la poca doctrina que sabes, porque no te ha cabido más en esa cabeza; te he dado la primera absolución... *(Mirándola fijamente.)* Por cierto que, desde el cumplimiento pascual, va para cuatro meses, no has vuelto a aparecer por el confesionario.

LUCIA. Es que Mateo dice que no le da la gana de que me confiese.

ANTO. ¡Ah! ¿Y por qué?

LUCIA. Porque dice que los curas son hombres como los demás, y que una es inocente y se aprovechan...

ANTO. ¡Ira de Dios!

FRAN. ¡Ja, ja, ja! Prefiere confesarte él debajo de los pinos.

ANTO. ¿Pero usted ha visto? *(Dirigiéndose a la Virgen.)* Señora... Dame calma, Señora, que no quiero emprenderla a coscorrones. *(A Lucía.)* Quítate de mi vista..., no, ven acá... Esto se acabó, ¿sabes?, se acabó. Desde esta misma noche vives aquí, en casita, con tu madrina, cosiendo y trabajando. A tu madre se la lleva al hospital, que siempre la cuidarán mejor las hermanas que la pindonga de su hija. Y al Mateo, si quiere distracción, que se compre una mona, porque a ti no te vuelve a ver ni en pintura.

LUCIA. *(Casi llorando.)* No, señor...

ANTO. ¿Eh..., qué dices?

LUCIA. ¡No, señor, no puede ser; no, no!

ANTO. ¿Cómo se entiende?

- LUCIA. No... no puede ser...
- ANTO. Pero ¿por qué?
- LUCIA. *(Sollozando.)* Porque... porque le quiere... y porque ya... porque no puede ser..., porque ya no tiene... porque ya no tiene remedio...
- ANTO. ¿Eh?
- FRAN. ¿Cómo?
- ANTO. ¿Qué dices? Acaba...
- LUCIA. *(Sin dejar de llorar.)* Nada..., que ya... que ya...
- FRAN. Mirame... fijo... *(Sonriendo.)* ¡Ah, vamos! Hemos comido los garbanzos antes de las doce. *(Ella solloza como un niño, sin responder.)*
- ANTO. ¿Tú... tú...? Responde... ¿Es verdad? ¿Tú...?
- LUCIA. *(Atragantándose.)* Sí... sí, señor...; pero verá usted..., yo... es que él me dijo...
- ANTO. ¡Ah, mala pécora! Todas sois iguales... y luego queréis que os respeten los hombres. ¡Te dijo, te dijo..., ya te lo dirán a til Señor, ¿qué tiene este cochino pueblo?
- LUCIA. *(Llorando, pero un poco convencionalmente, porque en el fondo está satisfecha de haber salido del apuro.)* ¡Ay, ay, ay!
- ANTO. No llores. ¡Señor, con esa cara de querubín! Vea usted el angelito... No se va a confesar porque es inocente, y salimos con ésta. Ahora, ¿qué vas a hacer; dime, qué vas a hacer? ¿No se te cae la cara de vergüenza? ¿Dónde vas a ir? ¿Quién te va a amparar?
- LUCIA. *(Sabiendo que tiene el amparo seguro, pero creyendo que es obligación suya mostrarse muy afligida.)* ¡Ay, ay, qué va a ser de mí!
- ANTO. Antes, antes...
- LUCIA. ¡Ay, ay, ay!
- FRAN. Vamos, mujer, tranquilízate, no nos vayas a dar un susto antes de tiempo.
- LUCIA. *(Con ingenuidad.)* No, señor...; ¡ay, ay!
- ANTO. *(Con sequedad.)* Anda adentro. No des más espectáculo, que estás, como quien dice, en medio de la calle. ¡Paquita, Paquita!
- LUCIA. ¡Ay, no se lo diga usted a mi madrina!

- ANTO. ¡Sí que iba a tardar mucho en saberlo! ¡Paquita!
- PAQU. (*Apareciendo en la puerta de la casa*) ¿Qué quieres?
- ANTO. Ahí va el doctor con ésa, que se ha puesto nerviosa.
- FRAN. (*Sosteniendo a Lucía.*) Anda, mujer, anda.
- PAQU. Pero ¿qué tienes?, ¿qué ha sido?, ¿que te ocurre?
- FRAN. Nada, señora, nada; que la carne es débil. (*Entran los tres en la casa.*)
- ANTO. (*Mirando a la Virgen con perplejidad y como pidiéndole consejo.*) ¡Señora... Señora...! (*Se dirige decididamente hacia la valla.*) ¡Mateo! (*Nadie responde, y él sale a la calle. Se le oye llamar dentro.*) ¡Mateo! (*Pasado un momento se le oye decir:*) Entra. (*Y aparece acompañado de Mateo.*)
- MATEO. Pase usted delante, señor cura.
- ANTO. (*Secamente.*) Pasa tú.
- MATEO. Con permiso. Usted dirá qué se le ofrece.
- ANTO. Pues se me ofrece que mañana por la mañana vas al Juzgado a sacar tus papeles; que me los traes volando para que yo los mande a la Vicaría; que el domingo se corre la primera amonestación; que se te dispensan las otras dos, y que la semana que viene te casas.
- MATEO. (*Con sorna.*) ¿Yo?
- ANTO. Tú.
- MATEO. ¿Con quién?
- ANTO. ¡Canastos, con la madre de tu hijo!
- MATEO. ¡Adiós! ¡Ya vino la Lucía con el cuento! ¡Espantábame yo! ¡Si no habla, revienta!
- ANTO. Sí que el asunto era de los que se pueden tener secretos.
- MATEO. (*Sonriendo.*) Eso se hubiera visto.
- ANTO. (*Con indignación.*) ¿Qué dices?
- MATEO. (*Con rubor.*) Nada, señor cura.
- ANTO. Más vale así. Conque... ya lo sabes.
- MATEO. Mire usted, señor cura, yo siento mucho darle

a usted un disgusto, pero me parece que no va a poder ser.

ANTO. ¡Ah, no va a poder ser! ¿Y por qué?

MATEO. Ya ve usted, porque cada uno es cada uno.

ANTO. ¡Ya!, y tú tienes empeño en demostrar que eres un canalla.

MATEO. ¡No hay que ofender!

ANTO. A ver... ¿Cómo le llamarías tú al hombre que, valiéndose de engaños, pierde a una muchacha decente y luego se niega a cumplir como debe con ella?

MATEO. Eso de decente... ya se ha visto.

ANTO. ¡Más que tú y que toda tu casta! ¡Habrà vergüenza! Ahora te parece muy bien despreciar lo que tú has arrastrado... Decente, sí, decente hasta que tú llegaste; honrada, ¡más que tú!, hasta que tú viniste a deshonorarla... Estos son los hombres... ¡Lástima no se pierdan por ellos las mujeres! ¡Orgullosa debe estar tu madre del *caballero* que ha echado al mundo!

MATEO. Eso de caballero me lo dice usted por ser usted quien es, y yo me aguanto por lo mismo..., pero otro no me lo diría; porque yo, señorito no seré, pero hombre de bien, sí.

ANTO. Por eso piensas consentir que nazca un hijo tuyo y no tenga padre, y que su madre, para mantenerle, si no le quiere echar a la Inclusa, tenga que reventarse a asistir por las casas o ponerse a pedir por los caminos, o a otra cosa peor...

MATEO. Yo no digo eso... El pan no les ha de faltar ni a él ni a ella mientras yo...

ANTO. Mientras tú seas el amo; pero antes de seis meses te has casado con una de tu clase, con una que te traiga lo único que tú tienes de sobra, lo único que esa infeliz no te puede dar: ¡más dinero! Y entonces tendrás hijos *legítimos*, y serás un buen padre, ¡ya lo creo!, y a su madre y a ti todo os parecerá poco para ellos... y, entretanto, éste, el primero, el más

tuyo de todos, porque es el hijo de tu ilusión y de tu juventud, andará descalzo y con hambre, y será peón de albañil, o mendigo, o ladrón... y acabará en el hospital... o en presidio, por irles a robar el pan a sus hermanos...

MATEO. Señor cura...

ANTO. Verdad que tú dirás: ¿a mí qué? Me he divertido como todo el mundo..., que lo hubiera pensado ella antes..., cada uno es cada uno...

MATEO. Señor cura, usted sabe de sobra que yo soy...

ANTO. Un hombre de bien, ¿no?

MATEO. (*Con energía.*) Sí, señor, un hombre de bien... y honrado y caballero, aunque usted no lo crea..., y la quiero; lo que es a la Lucía la quiero... ¡por éstas!..., y no podré querer a otra mujer como a ella, eso lo puede usted creer... Y el día en que me dijo... vamos... lo del chiquillo..., ¡es la pura verdad!..., antes de pensar en que era un compromiso, pues me entró una alegría..., vamos, así como un orgullo..., una cosa... ¡como si hasta el momento no hubiera sido uno hombre de verdad!

ANTO. (*Con dulzura.*) ¿Y con todo eso quieres abandonarla?

MATEO. Abandonarla, no...; yo seguiría..., vamos, porque la quiero...

ANTO. Eso no, hijo; si no cumples con ella, no la vuelves a ver. Ha podido tener una flaqueza, pero mujer perdida no lo es..., ¡eso va de mi cuenta! No la vuelves a ver.

MATEO. Si yo me casaría, pero mi padre...

ANTO. ¿Qué?

MATEO. Que no quiere, y mi madre mucho menos. Dice que si me caso con ella se muere del disgusto, y es capaz.

ANTO. ¡Ah! ¿Se muere? Pues la enterraremos... No hay miedo.

MATEO. Usted no la conoce.

ANTO. Yo os conozco a todos, por mi desgracia... y

sé que todos sois de lo que no hay. No le des vueltas, hijo; tú te casas, porque debes casarte y porque te conviene... Lo mires del revés o del derecho, la madre de tu hijo es tu mujer... A tu madre, déjala de mi cuenta...; a tu padre le dices que estoy muy enterado de todos los chanchullos del Matadero, y que hay muchos caminos para ir a la cárcel..., y no hablemos más. Anda a dar la noticia a tus papás, que luego pasaré yo a confirmarla... y mañana, antes de mediodía, espero los papeles.

MATEO. Está bien. *(Sale Mateo.)*

ANTO. *(Hablando a la Virgen.)* Señora, este pueblo es así... Alcornoques, interesados, ladinos, con la cabeza dura y el alma de cántaro..., ¡qué le vamos a hacer!; ¿verdad, Señora? Pero, después de todo, acaban por hacer lo que es debido, y hasta parecen hombres de cuando en cuando... Nuestro sudor nos cuesta, Señora, pero vamos viviendo, y los vamos entrando en vereda... ¿Qué más nos va a pedir tu bendito Hijo? ¡De sobra sabe él la tropa que nos ha encomendado! *(Juanillo entra cuando don Antonio está diciendo las últimas palabras; se acerca despacio y escucha con atención.)*

JUANI. ¡Ya está echándole coplas a la Virgen!

ANTO. ¿Qué haces ahí?

JUANI. Le estaba oyendo a usted... *(Mirando a la Virgen.)* ¿Qué gusto saca usted en decirle na, si nunca le contesta?

ANTO. Eso es lo que tú no sabes, Juanillo.

JUANI. *(Mirando a la Virgen, casi con terror.)* ¿Le contesta a usted? ¿Cómo?

ANTO. *(Sonriendo.)* Ahí verás tú.

JUANI. *(Incrédulo.)* ¿Por' señas?

ANTO. Hijo mío, no le hacen falta a la Señora señas ni palabras para hacerse entender. Habla con el alma y el alma la oye.

JUANI. ¿El alma...?

ANTO. Ahora tú no lo entiendes, pero lo entenderás andando el tiempo. Ella todo lo sabe y todo

lo comprende; no se fía de ruidos ni de apariencias; siempre juzga bien; siempre tiene en los labios un buen consejo para el que se lo pide con sinceridad, y en el corazón una gota de miel para el que llega a ella con hambre de justicia. Ella nos da la mano y pide compasión para nosotros a su divino Hijo, si, queriendo servirle, damos algún mal paso, mientras con su sonrisa ayuda a levantarse a nuestra flaqueza. La Señora es la reina, y uno hace lo posible por irle gobernando la casa.

JUANI. *(Mirando a la Virgen con embeleso.)* ¡Miá el chico qué cara e bobo tiene!

JUAN. *(Aparece detrás de la valla.)* Ave María Purísima.

JUANI. Don Juan de Dios.

ANTO. Sin pecado concebida. Adelante. *(Entra don Juan de Dios con aire afligido. Es muy nervioso y no deja de dar vueltas al sombrero entre las manos mientras habla, repitiendo casi todas las palabras.)*

JUAN. Santas... santas... santas y buenas tardes nos dé Dios.

ANTO. ¿Qué tal el viaje?

JUAN. Bien, bien, eso es... el viaje bien, bien..., un poco de calor..., eso es, un poco de calor..., pero bien, bien... gracias, gracias a Dios, eso es.

ANTO. ¿Y ha sabido usted algo?

JUAN. Sí, sí, sí... amigo, amigo, la voluntad de Dios, eso es... la voluntad de Dios, naturalmente... no siempre está de acuerdo, eso es... con, con, eso es..., con las previsiones humanas, eso es... y con, con los deseos que a uno, a uno, a uno le parecen legítimos, eso es... naturalmente... de modo que... no hay más, eso es..., no hay más que acatar los designios, los designios, eso es... los designios de lo alto, eso es...

ANTO. *(Comprendiendo.)* ¿De modo que...?

JUAN. Sí, sí, naturalmente... vamos, naturalmente...

- en fin, eso es..., resignación, resignación; eso es... Yo, yo, yo también, naturalmente...
- ANTO. ¿Pero...?
- JUAN. Sí, sí, los dos, eso es..., usted y yo..., amigo, amigo, los dos... los dos suspensos, eso es... ¿Que me han suspendido, dice usted?
- ANTO. Sí, sí, y a mí también..., a los dos, eso es...
- ANTO. Pero ¿está usted seguro?
- JUAN. El mismo secretario, eso es..., secretario del señor Arzobispo me lo ha dicho, eso es... naturalmente, en confidencia, eso es... La comunicación, la comunicación... por, por oficio la mandarán, eso es... la semana que viene.
- ANTO. Pero ¿cómo..., por qué?
- JUAN. A mí, a mí por el latín, eso es... el latín... la traducción, la traducción, San Agustín, naturalmente... A usted, a usted... por, por, por la Teología, eso es...
- ANTO. ¿Por la Teología?
- JUAN. Por la Teología dogmática, eso es... dogmática... El secretario, el secretario dice que la contestación, eso es... que la contestación a la pregunta "De vitiis religionis oppositis per defectum", eso es, per defectum, es casi una herejía..., eso es, una herejía.
- ANTO. ¿Una herejía?
- JUAN. Sí, sí, naturalmente... por, por insuficiencia de doctrina, eso es... en... en esos pueblos se olvidan ustedes, eso es... del a b c..., eso me ha dicho.
- ANTO. ¡Del a b c...!
- JUAN. Por mí, por mí no lo siento, eso es... no lo siento... castigo, castigo de Dios... por soberbia, soberbia, eso es... humilde capellán, capellán... ¿quién te mete, eso es, quién te mete... a pretender la cura, la cura de almas? Eso es... *Peccavi, peccavi...*, mis monjas, eso es... mis Clarisas lo van a sentir, que piensan que tienen un Crisóstomo, eso es... un Crisóstomo en el capellán, eso es...
- ANTO. (Con un poco de rebeldía.) ¡Suspense! (Con

*abatimiento.*) ¡Suspenseo! (*Levantándose con resignación decidida y serena.*) ¡Ea, todo sea por Dios!

JUAN. ¡Eso es, naturalmente..., todo sea por Dios! (*Salen de la casa don Francisco y doña Paquita hablando juntos.*)

FRAN. No es nada, nervios..., que tome otra taza de tila y se marche a su casa.

PAQU. ¡Válgame Dios, qué criaturas!

JUANI. (*Que ha estado en un rincón escuchando la conversación de los dos sacerdotes, se acerca a doña Paquita antes de que acabe de bajar ella los escalones de la puerta, y, cogiéndose a sus faldas, dice con dolor casi trágico:*) ¡Doña Paquita, lo han dejao suspenseo!

PAQU. ¿Eh? ¿Qué dices?

JUANI. ¡Que lo han dejao suspenseo en los *esámenes*... a don Antonio, sí, señora, y a don Juan de Dios!

PAQU. ¡No es verdad! ¡No es verdad! ¿Tú qué sabes? (*Acercándose a su hermano.*) ¡No es verdad!

ANTO. (*Serenamente.*) Si es verdad, Paquita... ¡Qué le vamos a hacer! ¡Paciencia!

PAQU. ¿Es decir, que ya no serás párroco del pueblo?

ANTO. Ni párroco ni ecónomo, Paquita.

PAQU. ¡Ni ecónomo! ¿Por qué?

ANTO. Porque vendrá a ocupar mi puesto el que gane el concurso.

PAQU. ¿Es decir, que te van a dejar en medio de la calle?

JUAN. Eso no, eso no...; el señor Arzobispo, eso es..., el señor Arzobispo, naturalmente... ha de tener en cuenta los años, eso es..., los años de servicio... y le concederá una capellanía, eso es..., una capellanía en un convento, en un asilo, eso es, naturalmente...

PAQU. (*Con desprecio.*) ¡Capellán de monjas!

JUAN. No, no... no crea usted que es tan triste..., las

madres son, son buenas, eso es... naturalmente, chinches, pero muy buenas.\*

PAQU.

¡Quite usted!

FRAN.

(A don Antonio.) ¿Y cómo ha sido eso?

ANTO.

Ya ve usted..., el ejercicio de Teología, se ha quedado uno atrás...; lo mismo que decíamos antes..., a fuerza de luchar con estos bárbaros se le han olvidado a uno los libros...

JUANI.

(Con indignación.) ¡Los libros! ¡También la Virgen, que lo sabe to, ya podía haberse molestao en apuntarle las contestaciones!

TELON RAPIDO

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primero. Están en el huerto doña Paquita, el médico y Juanillo. Doña Paquita, sentada en un poyo de los de la puerta, con aire de profunda tristeza; Juanillo, acurrucado en el escalón de la puertecilla que da a la iglesia, que estará entreabierta; el médico, paseando por el huerto con las manos cruzadas a la espalda. Al levantarse el telón se oye un volteo de campanas.

FRAN. (*Mirando al aire, como si hablase con el sonido de las campanas.*) ¡Gran día!

PAQU. (*Casi llorando.*) Si, gran día... (*Pausa. Se oye vagamente el sonar del órgano dentro de la iglesia. Suspirando.*) ¡Ya están en el *Te Deum!*

JUANI. ¡Mía el organista qué floreo hace pa lucirse con el cura nuevo!

FRAN. ¿Tú no te has revestido?

JUANI. ¿Yo? ¿Pa qué?

FRAN. ¿No eres monaguillo?

JUANI. ¡Ya no semos na!

FRAN. Tienes razón; ya no somos nadie.

JUANI. Porque a usté también lo han dejao por puertas

FRAN. Sí, hijo, sí; a mí también.

PAQU. (*Con rebeldía y amargura.*) ¡Esto clama al cielo!

FRAN. Amiga mía, el mundo progresa. ¿Iba a quedarse atrás este culto pueblo? Su digno Ayuntamiento lo necesita todo nuevecito y moderno. ¿Cómo quiere usted que siete ilustradísimo concejales, que leen *El País* y están en los secretos de Melquiades Alvarez, duden, al renovar un contrato, entre el médico viejo que les ayudó a nacer a la buena de Dios, y el doctor fiamante que les puede ayudar a morir

a la última moda de Francia o de Alemania? Hay que europeizarse, mi señora doña Paquita; hay que estar a la última, y ¡caiga el que caiga!

PAQU. ¡Todo sea por Dios!

FRAN. ¡Y que fué por unanimidad, sin discusión siquiera! ¡Todo el Ayuntamiento como un solo hombre! ¡El nuevo, el nuevo! No se ha dado jamás en España caso de solidaridad concejal semejante. El progreso se impone. ¡Viva la juventud! (*Pausa breve.*)

JUANI. La mujer de Andrésón, el del ventorro, está de parto.

FRAN. ¿Cómo lo sabes?

JUANI. Porque ha pasao por ahí el otro médico y ha dicho que iba a verla, que lo habían llamado con urgencia, porque es especialista. ¡Poco tieso que iba en su motocicleta!

FRAN. (*Con sorna.*) Con tal que llegue a tiempo..., porque ésa acaba pronto.

PAQU. La costumbre: es el séptimo.

FRAN. El octavo; que el cuarto fueron dos... Vea usted... el primer crío, en veinticinco años, que abre los ojos en este pueblo, sin que esté yo presente para darle permiso. (*Quiere echarlo a broma, pero no puede.*)

JUANI. El chico de la Juana la Fea dicen que se estaba muriendo de garrotillo, y dicen que el nuevo le ha pinchao en la tripa con una jeringa y le ha metío un agua dentro del cuerpo, y que ha resucitao de golpe.

PAQU. (*Viendo la mala impresión que le hacen al médico las palabras de Juanillo.*) ¡Calla, calla!

FRAN. ¿Se marchan ustedes hoy mismo?

PAQU. Esta misma tarde; en cuanto acabe eso. (*Señalando a la iglesia, sin moverse, con una mirada.*) Ya va por delante el carro con los trastos.

FRAN. (*A Juanillo.*) ¿No terminan?

JUANI. Falta la plática. Ahora va a empezar.

PAQU. ¿No entra usted a oirla?

FRAN. Gracias.

JUANI. Misté que dicen que predicando no hay quien le eche la pata. ¡Como que por el pico se han gano la parroquia y nos ha dejao a nosotros por puertas! Ya ve usté, cobra diez duros por ca sermón. ¡Como que predicó en la Catedral el novenario de ánimas y dicen que se quedaban bizcos hasta los catedráticos del Instituto! (*Entreabriendo la puerta y pegando el oído.*) ¡Digo, si tié voz! ¡Dende aquí se le oye! (*Repetiendo con gestos de admiración lo que se supone oye al predicador.*) Venerables ministros del Santuario..., dignas autoridades de este piadoso pueblo..., amadísimos hermanos míos, todos, en el Sagrado Corazón de Jesús y en el dulcísimo de María... ¡De chipén! (*Se esconde entre las hojas de la puerta para seguir oyendo.*)

PAQU. Cierra esa puerta, no se oiga dentro el ruido de la calle.

FRAN. Hay concurrencia, a lo que parece.

PAQU. El pueblo entero. ¡Lo que puede la novelería! Hay quien no había puesto los pies en la iglesia desde hace medio siglo... El alcalde, el maestro, el teniente de la Guardia civil..., hasta el juez, y eso que es suscriptor de *Las Dominicales*. (*Santiguándose.*) ¡El Señor nos libre!

FRAN. Dicen que es un portento.

PAQU. ¿Quién, el juez?

FRAN. El cura nuevo.

PAQU. Sí lo será. (*Con desdén.*) Ha venido en automóvil.

FRAN. ¡Si que va a oler el pueblo a gasolina con tanto adelanto!

JUANI. (*Saliendo entusiasmado de detrás de la puerta y hablando con precipitación.*) Dice que el pueblo viene a ser un jardín plantao de rosas y de clavellinas (*se rasca la cabeza para recordar*), y que él, que viene a ser el jardinero, va a hacer un ramillete con toas las que se

- abran... y a regarle con la miel de un panal, que viene a ser la Iglesia... ¡Vaya un tío! (*Vuelve a desaparecer detrás de la puerta.*)
- PAQU. ¡De rosas! Ya les irá encontrando las espinas.
- FRAN. Larga es la ceremonia.
- PAQU. ¡Calle usted! Primero la toma de posesión; luego, Letanias, Te Deum, pláticas, ¡qué sé yo! En fin, gracias a Dios, hoy se acaba todo... porque le digo a usted que, entre unas cosas y otras, llevamos cuatro meses de prueba.
- FRAN. Si que han tardado en decidir los señores del Arzobispado.
- PAQU. Y para no dejar contento a nadie; porque al nuevo le hace tanta gracia venir aquí como al viejo tenerse que marchar... Ya ve usted, fuma con tenacillas para no mancharse los dedos... ¡Habrá que ver la gracia que le hará el que vengan los crios a besarle la mano con las velas colgando!
- FRAN. Sí, sí; bueno es el pueblo para manos pulidas.
- PAQU. ¡Y para zapatos de charol con hebilla de plata! Por pura obediencia..., pero ha revuelto Roma con Santiago para que le nombraran en la capital... A él lo que le conviene es predicar, lucirse, hacerse fama, llegar a obispo..., pero ahí ve usted, por querer hacerlo bien se perdió, porque dicen que en los ejercicios ha puesto cosas... cosas que a los señores del Tribunal les parecieron demasiado nuevas... ¡Lo que es el mundo! Al viejo se le llevan de su rincón porque dicen que sabe poco...; al joven le mandan a consumirse al pueblo porque dicen que sabe demasiado...
- FRAN. ¡Cómo ha de ser!
- PAQU. El joven saldrá, porque el tiempo es largo...; ¡pero al viejo le cuesta la vida!
- FRAN. ¡Qué le ha de costar! ¡Qué le ha de costar! Al contrario. A su hermano de usted, a sus años, lo que le conviene es descansar, hacer vida tranquila...
- PAQU. ¡Como si no le conociera usted! Mientras viva

no descansa. Acostumbrado a no parar, a llevar todo el pueblo en peso, ¡irse de capellán a un asno de viejas! ¿Que va a hacer? Decirles la misa, rezaries el rosario, contesarias de que le han dicho al gato ¡zapel con impaciencia... Lo que hara es consumirse la sangre, pudrirse de tristeza. ¡Hay que verie desde que lo supo! No dice nada, pero la procesión anda por dentro..., y yo... que le conozco... (*conteniendo las lágrimas*), en fin, ¿qué le voy a decir que usted no sepa?; es mi hermano, y mi padre, y mi hijo, todo junto; ¡no tengo otro cariño en el mundo! ¡No puedo verie sufrir, no puedo! ¡Qué va a ser de nosotros! (*Juanillo sale corriendo de detrás de la puerta y se dirige hacia el portillo del huerto.*) ¿Donde vas? ¿Se ha acabado el sermón?

JUANI.

No, señora; es que se ha puesto mala una mujer.

FRAN.

¿Dónde? (*Va a salir.*)

PAQU.

(*Levantándose.*) ¿Quién?

JUANI.

No sé..., ahí dentro. Estaba de rodillas y se ha caído al suelo...

PAQU.

Le habrá dado un desmayo...; que la traigan aquí...

FRAN.

(*Dirigiéndose a la puerta.*) A ver, a ver. (*Entra en este momento Lucia sostenida por Mateo y el Alcalde, y seguida por la Alcaldesa. Viene desmayada, mejor dicho, fingiendo un desmayo. Lleva traje de seda negra brochada—el de la boda—muy pretencioso, mantilla de encaje, rosario de filigrana, pendientes y alfiler de brillantes, abanico de nácar y pañuelo de encajes. Durante toda la escena se da aire de gran señora melindrosa.*)

FRAN.

¿Qué es ello?

PAQU.

¿Qué ocurre?

JUANI.

¡Andá, si es la Lucía!

MATEO.

(*Muy apurado.*) Una silla.

ALCA.

Un vaso de agua. (*Juanillo va al fondo a buscar agua, y doña Paquita acerca una silla.*)

- PAQU. Aflojadle el corsé.
- MATEO. (*Que no ha reparado en don Francisco.*) Un médico..., que vayan a buscar un médico.
- FRAN. Calma, calma..., a ver qué es ello... Dejadla respirar...
- ALCA. (*Con mezcla de confusión y mal humor.*) ¡Ah! ¿Pero está usted aquí?
- FRAN. Sí, señor Alcaide, aunque usted no quiera.
- MATEO. (*Que está junto a Lucia y le me que con el incidente se le muera la esposa.*) (Don Francisco, por Dios!
- FRAN. ¡Ya voy, hombre, ya voy; no te apures! (*Se acerca a Lucia, que sigue fingiendo su desmayo.*)
- MATEO. (*Con ansia.*) ¿Qué tiene?
- ALCAL. (*Muy digna, abanicándose.*) ¡Pamplinas!
- FRAN. No es nada, hombre, no es nada. Ya vuelve. Un síncope. El calor.
- MATEO. Si ya decía yo que estando como está no debía venir a la iglesia.
- LUCIA. (*Completamente serena.*) ¿Dónde estoy?
- MATEO. ¡Aquí, conmigo!
- LUCIA. (*Con melindre.*) ¡Ay!
- JUANI. Aquí está el agua.
- MATEO. Toma, bebe.
- ALCA. Despacio...
- LUCIA. ¡Ay, mi abanico!
- MATEO. (*Precipitándose a cogerle.*) ¡Aquí está!
- ALCA. ¿Quieres aire? (*Quita rápidamente el abanico a su mujer y abanica a Lucia.*)
- LUCIA. No, que me sobrecoge... ¡Ay, mi pañuelo!
- ALCA. Aquí está.
- MATEO. Toma el mío.
- LUCIA. ¡Ay, límpiame el sudor de la frentel ¡Ay!
- MATEO. ¿Te hago daño?
- ALCA. ¿Estás mejor?
- MATEO. ¿Quieres que nos vayamos a casa?
- ALCA. ¿Quieres que mande a buscar la tartana?
- LUCIA. (*Con melindre.*) No, no; si ya estoy bien. (*Se levanta.*) ¡Ay, que se me va la cabeza!
- MATEO. ¡Siéntate!

- ALCA. ¡Estate quieta, mujer!
- ALCAL. Si, ¡no se vaya a malograr la alhaja!
- LUCIA. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!
- MATEO. ¿Qué te pasa?
- LUCIA. (*lupando.*) ¡Tu madre, tu madre que está habiendo mal de mí!
- ALCA. ¡Cállate, mujer!
- ALCAL. Me callaré, si quiero.
- MATEO. A ver si ahora le da usted un disgusto y se nos pone mala de veras.
- ALCA. ¡Mujer, considera el estado en que se encuentra!
- ALCAL. ¡El estado, el estado! Siete he tenido yo y no me ha dado un soponcio en mi vida.
- LUCIA. (*Con retintín.*) ¡Ay, señora! Eso va en naturalezas...
- ALCAL. Poco te desmayabas hace tres meses, cuando bajabas a lavar al río, ¡y lo que es el estado, era el mismo!
- LUCIA. (*Desplomándose.*) ¡Ay, ay, Mateo! ¡Ay, padre! ¡Ay! ¡Ay! (*Finge el clásico ataque de nervios.*)
- MATEO. (*Rabioso, mientras la sostiene por un lado.*) ¡Si no fuera mirando que es usted mi madre!
- ALCA. (*Amenazador, mientras la sostiene del otro.*) ¡Si no fuera mirando que estamos donde estamos!
- ALCAL. (*Con desprecio.*) ¡Si no fuera mirando que los hombres sois tontos "perdíos"!
- PAQU. ¡Por Dios, hagan ustedes el favor de callar, que desde la iglesia se oye todo!
- ALCAL. (*Dando media vuelta.*) ¡La princesa del pan pringao que hace tres meses se ganaba la vida fregando suelos, y ahora se le estropean las manos si le quita el polvo a una silla!
- LUCIA. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Mateo! ¡Ay, el corazón!
- FRAN. (*Que pierde la paciencia.*) ¡Si no acabas pronto de hacer pamplinas, te echo un cubo de agua por la cabeza!
- JUANI. ¿Voy por él?
- LUCIA. (*Cogiendo la mano al médico.*) ¡Ay, don Francisco de mi alma!

- JUANI. Pues no has "aprendío" tú poco pronto a hacerle la señora con soponcios y to. ¡Mia que sois listas las mujeres!
- LUCIA. (*Condescendiente.*) ¡Juanillo! ¿Eres tú?
- JUANI. El mismo, chica: Juanillo y pobre "pa in secula seculorum". No toos podemos dar un mal paso con aprovechamiento.
- LUCIA. ¡Estúpido!
- JUANI. ¡Cómica!
- MATEO. ¿Te quieres quitar de ahí o te doy una puntera?
- JUANI. ¡Daban!
- PAQU. (*Acercándose.*) ¿Se te ha pasado ya?
- LUCIA. (*Con un poco de vergüenza.*) Sí, señora.
- PAQU. Pues no hagas más comedias, que a tu suegra le va a dar algo.
- LUCIA. Bastante me ha hecho ella de rabiarse a mí. ¡Que se aguante!
- JUANI. (*Que ha vuelto a acercarse a la puertecilla de la iglesia.*) Ya se ha rematao la función. ¡Ya salen! ¡Ya salen! (*Movimiento de curiosidad en todos. Lucía, olvidando por completo su soponcio, se adelanta con los demás hacia la puertecilla. Al mismo tiempo, entran con algazara por el lado de la calle, doña Gertrudis, señora de cincuenta años, pretenciosamente vestida de seda negra y con mantilla; la Maestra, marisabidilla, de veinticinco a treinta años, con sombrero; Rosita, señorita de pueblo, de unos diez y ocho años; una niña, el teniente de la Guardia civil, Demetrio y varias señoras y señoritas más y algunos hombres. Al ver entrar a las señoras.*) ¡Adiós, ya están aquí las beatas!
- PAQU. ¡Calla, enemigo!
- GERT. ¿Se puede?
- MAES. ¿Hay permiso?
- PAQU. Pasen ustedes, pasen.
- GERT. Ay, doña Paquita, usted dispense que nos colemos así, de rondón; pero es que estas niñas tienen capricho de besarle la mano al párroco

- nuevo y ya se ve..., la comprometen a una...
- TENIE. ¿Las niñas nada más?
- GERT. ¡Ay, no sea usted malo, teniente!
- ROSI. ¿Pero no ha entrado usted a oír el sermón?  
¡Ay qué elocuencia de hombre!
- GERT. ¡Qué pico de oro!
- MAES. ¡Qué erudición! (*Hablan todos a un tiempo.*)
- ROSI. Pero ¿qué le ha pasado a usted, Lucía?
- LUCIA. Nada, hijas, el calor..., un síncope.
- ALCA. (*Muy satisfecho.*) El estado. (*Las niñas hacen que se ruborizan.*)
- ALCAL. ¡Espantábame yo!
- GERT. Y la emoción..., porque ha dicho unas cosas ese hombre... ¡Ay, se han perdido ustedes lo mejor!
- ROSI. A mí, lo que más me ha gustado es lo del devoto sexo femenino.
- GERT. ¡A mí, lo del melifluo corazón de nuestro Salvador!
- MAES. Pues, ¿y aquello de que el alma es una mariposa que vuela arrebatada por sus deseos y se abraza en la llama del divino amor? (*Mira lánguidamente al Teniente.*)
- SEÑO. ¡Y qué voz!
- SEÑ. 1.<sup>a</sup> ¡Y qué modo de accionar!
- GERT. ¡Y qué roquete tan bien bordado!
- ROSI. De nipsis.
- SEÑO. ¡Y con un encaje de media vara!
- TENIE. Vamos, señora maestra, que usted sí que habrá pasado un buen rato.
- MAES. Como todo el mundo.
- TENIE. Mucho más, porque usted sabe distinguir, y le gusta lo bueno.
- GERT. Lo que es a mí, se me han saltado las lágrimas "un" porción de veces.
- PAQU. Todo sea por Dios. (*Con sorna.*)
- LUCIA. ¡Que viene, que viene! (*Salen por la puertecilla que da a la iglesia don Antonio y don José María (el Cura nuevo). Es un joven de apenas veintiocho años; lleva el manteo de lo mejor, elegantemente recogido con una mano, y en la*

*otra trae el sombrero de felpa, pequeño y con borlas. Las manos cuidadísimo y muy blancas. Los zapatos de charol con hebilla de plata, Adelanta despacio y saluda con suaves inclinaciones de cabeza; lleva los ojos bajos y sonríe melifluamente; cuide el actor de tener la necesaria afectación, pero sin acercarse siquiera a la caricatura. Don Antonio trae, como en el primer acto, sotana y balandrán raiado, botas de elásticos, y en la mano un breviarrio y el sombrero de teja vulgar.)*

- GERT. ¡Ay, qué caída de ojos tiene tan modesta!
- ROSI. (Con embeleso.) ¡Ay, si parece un San Luis Gonzaga!
- TENIE. Echele usted un discurso, señora maestra.
- MAES. No me llame usted señora maestra. Me llamo Amparito.
- ANTO. (Al cura nuevo.) Este es el huerto y ésa es la casa... Si quiere usted que entremos...
- JOSE. No, no, gracias... hay tiempo.
- ANTO. Como usted ve, por esta puertecilla comunican la casa y la iglesia sin pasar por la calle... Es cómodo.
- JOSE. Muy bonito el huerto, y muy bien cuidado.
- ANTO. Mi hermana se entreténia aquí criando cuatro flores de pueblo y cuatro hortalizas. (A doña Paquita, que está a un lado con don Francisco.) Paquita, acércate, mujer. (Presentando.) El señor cura nuevo... mi hermana.
- JOSE. Tanto gusto, señora.
- PAQU. (Con emoción honda.) ¡Muy señor mío!
- JOSE. Tiene usted buena mano para flores.
- PAQU. (Con emoción contenida y un poco altiva.) Siempre la he tenido. La tierra agradece lo poco que trabaja uno en ella. ¡Tiene más corazón que los hombres! (Se aparta un poco.)
- JOSE. (Por los demás, que están a un lado.) ¿Y estos señores?
- ANTO. Tendrán deseos de saludar a usted... Si a usted no le molesta.

- JOSE. (*Amable.*) ¡Oh, al contrario... con muchísimo gusto! Usted me irá diciendo...
- ANTO. Don Francisco, venga usted acá. (*Don Francisco, que estaba solo, en el fondo, se acerca.*) Tengo el gusto de presentar a usted al señor don Francisco Losada, doctor en Medicina y Cirugía. Mi mejor amigo y mi compañero de trabajos.
- FRAN. Servidor de usted.
- JOSE. Tantísimo gusto.
- ANTO. El hombre más honrado que he encontrado en el mundo.
- FRAN. Se hace lo que se puede. (*Sonriendo.*)
- ANTO. Ya irá usted conociendo y apreciando lo mucho que vale.
- JOSE. ¿Es usted, sin duda, médico titular de este pueblo?
- FRAN. Lo he sido hasta hace poco.
- ALCA. (*Metiéndose donde no le llaman.*) Ahora tenemos uno nuevo. ¡Un chico joven, como usted, y también muy sabio!
- ANTO. (*Sonriendo.*) ¡El señor alcalde!
- JOSE. Por muchos años.
- ALCA. Por muchos no será, que ya va uno pa Villavieja, pero aquí está el hijo (*Señalando a Mateo, que adelanta con cierta confusión.*) pa recoger la vara, digo yo, cuando a uno se le caiga de las manos. (*Don Francisco y doña Paquita se retiran juntos a un lado.*)
- MATEO. (*Que no sabe qué decir.*) ¡Quién piensa en eso!
- ALCA. ¿Quién va a pensar? ¡Mía éste! Tú... gana de mandar to el mundo la tiene (*A don José María.*), ¿verdá usté? (*Don José María sonríe amablemente.*) Ven acá tú, mujer (*Obligando a acercarse a la Alcaldesa*), que no te come nadie. Mi esposa.
- JOSE. Señora... tanto gusto.
- ALCAL. (*Besándole la mano con rubor.*) El gusto es de usted. (*Risas contenidas del grupo de mujeres.*)

- MAES. ¡Ya habló la alcaldesa!
- ALCA. (*Cogiendo de la mano a Lucía.*) Y ésta es la nuera. Ya tiene usted la "satisfacción" de conocer a toda la familia. (*A Lucía.*) Mujer, dí algo fino, tú que te pintas sola pa ello.
- LUCIA. (*Fingiendo rubor.*) ¿Yo?... Ya ve usted. (*Besa la mano al cura.*)
- ALCA. (*Muy satisfecho.*) ¡Y le advierto a usted que pronto tiene usted bautizo de primera!
- ALCAL. (*Con rabia.*) ¡Que no se olvidel!
- ALCA. Y lo que venga y to lo que hay en casa está a la disposición de usted. Sin cumplimientos.
- JOSE. (*Deseando acabar.*) Es usted muy amable. Tantitas gracias.
- ANTO. (*Presentando a doña Gertrudis.*) La señora es la presidenta de la Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores.
- JOSE. Señora...
- GERT. (*Besándole la mano.*) Para servir a usted. Ya habrá usted reparado en la iglesia: tenemos una imagen preciosa...
- JOSE. ¡Oh, ya lo creo!
- GERT. ¡Y eso que ahora no luce, porque está de trapillo, como aquel que dice! Queríamos que estrenara manto para la novena, pero ya verá usted cómo no podrá ser, porque estas niñas (*Señalando a Rosita.*) se lo llevan todo.
- ROSI. (*Ofendida.*) ¡Ay, no sé por qué dice usted eso!
- JOSE. (*Que no comprende.*) ¿Eh?
- ANTO. La señorita es la presidenta de la Asociación de Hijas de María.
- ROSI. ¡Para servir a usted! (*Besamanos.*)
- JOSE. ¡Dios la bendiga!
- GERT. (*Insistiendo.*) Pues sí, señor, las Hijas de María se lo llevan todo, y es natural, porque ellas son las jóvenes, y cuando llega la hora de echarse una a pedir, los hombres le dan con más gusto a una polla que a una jamona.
- ROSI. ¡También hay que ver que nuestra Virgen es mucho más bonita!

- GERT. ¡Hija mía, eso no, porque la Dolorosa es mucho más señora y más devota con aquel par de lágrimas que le caen por la cara!
- ROSI. ¡Usted lo ha de ver!
- JOSE. (Sonriendo.) Señoras, la Santísima Virgen no es más que una, y agradece por igual el culto que se le tributa en cualquiera de sus imágenes.
- MAES. (Que interviene, desesperada, porque no la hacen caso.) ¡Ay, señor cura, de eso no las podrá usted convencer! ¡Hay mucho materialismo en estos pueblos! (El cura nuevo la mira con cierto asombro.)
- ANTO. (Sonriendo a la inofensiva pedantería de la pobre muchacha.) La señora profesora de instrucción primaria.
- MAES. Humilde maestra de escuela, sí, señor, para servir a usted. (Besamanos.)
- ALCA. (De repente.) ¡Sabe latín!
- JOSE. (Sin entusiasmo.) ¡Oh! verdaderamente...
- MAES. He estudiado un poco. Para leer a los Santos Padres... en los ratos de ocio.
- ANTO. El señor Teniente de la Guardia civil, comandante del puesto.
- TENIE. ¡A la orden!
- JOSE. Muy señor mío. (Todos los demás rodean al cura nuevo, las mujeres le besan la mano con encarnizamiento: él saluda y sonríe.)
- SEÑO. Que sea enhorabuena, señor cura.
- SEÑ. 1.ª Por muchísimos años.
- OTRA. ¡Felicidades!
- DEME. Salud para seguir predicando muchos años en días como el de hoy.
- NICE. Y nosotros que lo veamos, ¿verdá usted?
- ALCA. ¡Vamos, vamos, no cansar más!
- JOSE. ¡Oh! Deje usted.
- PAQU. (A don Francisco con amargura.) ¡Le van a rifar!
- FRAN. Candillito nuevo, tres días en estaca.
- JOSE. Señoras... señores.
- VARIOS. ¡Que va a hablar, que va a hablar!

- GERT. ¡Silencio!
- ALCA. ¡Callarse!
- JOSE. (*Disculpándose.*) No, señores... no.
- MAES. ¡Ay, sí; sí, señor cura, díganos usted algo!
- JOSE. ¿Qué quieren ustedes que les diga? (*Ya en tono oratorio y melifluo.*) Agradezco en el alma la cordialidad inmerecida, la efusión con que este culto pueblo me recibe, la confianza con que me honra.
- ALCA. ¡Los honrados somos nosotros!
- ALCAL. (*Tirándole de la capa.*) ¡Que le vas a cortar!
- ALCA. (*Orgullosa.*) ¡No hay cuidado!
- JOSE. Este día, esta hora, este momento dejarán en mi pecho memoria inefable. Escasas son mis fuerzas, corto mi saber, menguado mi merecimiento; pero amparada mi flaca voluntad en la fortaleza de Aquel (*Levanta los ojos al cielo y vuelve a bajarlos modestamente.*) que todo lo puede, confío en que podré corresponder dignamente a la esperanza que habéis fundado en mí, a la fe sencilla y conmovedora, al purísimo impulso de amor en caridad con que os acercáis a este indigno ministro del Altísimo.
- JUANL. (*Con admiración.*) ¡Parece que se lo sabe de carretilla!
- JOSE. Ayuda os pido: cultivemos juntos el místico jardín de nuestro amado: yo solo poco puedo; a vosotros toca sostenerme los brazos levantados al cielo como a Moisés, Aaron y Caleb sobre el monte.
- VARIOS. ¡Muy bien, muy bien!
- NICE. ¡Esto es un cura, y lo demás pamplinas!
- DEME. ¡Que te está oyendo la hermana del otro!
- JOSE. Permitidme que al tomar el cayado que me hace pastor de vuestro aprisco, dedique una palabra de gratitud y elogio al sacerdote ejemplar que lo ha regentado tantos años con tan exquisita competencia, con tan infatigable competencia, con tan raro acierto. La voluntad de Aquel (*Levanta los ojos al cielo.*) que todo

lo rige le llama al merecido descanso; de sus manos recibo la carga y en vuestro nombre y el mío le pido que en la paz de su retiro no olvide en sus preces al antiguo rebaño ni al nuevo pastor. *(Le da la mano con muestras de gran efusión. Murmullos de aprobación calorosa.)*

ANTO. ¡Dios le ayude a usted, que no todas son rosas en el huerto!

ALCA. *(Un poco ofendido.)* ¡Pues lo que es a usted no le ha ido tan mal!

ANTO. *(Grave y serenamente.)* ¡Eso Dios lo sabe! Treinta años hemos vivido juntos. Vine tan joven, y me marchó tan viejo, que se me queda aquí toda la vida... hubiera querido dejar también los huesos... *(Lucha hasta el fin por vencer la emoción que casi le ahoga, siempre con sencillez y sin afectación ninguna.)* Dios lo ha dispuesto de otro modo. ¡Bendito sea Dios! Perdonad, si queriendo hacer bien, alguna vez os he ofendido en algo... de hombres es errar, Yo también os perdono de todo corazón los pocos malos ratos que me habéis dado, y no me olvidaré mientras viva ni de vosotros ni del pueblo... porque... en fin... no digo más... ¡que Dios nos tenga a todos de su mano!

JUANI. *(Conmovido y rabioso.)* ¡Maldita sea! *(Hay un gran silencio: nadie se mueve ni hace la menor señal de aprobación: la oratoria sencilla del cura, después de los floreos del otro, deja fríos a los concurrentes; sólo después de un momento, Mateo se adelanta y estrecha la mano del anciano.)*

MATEO. *(Con un poco de confusión.)* ¡Ya sabe usted que se le aprecia!

ANTO. *(Más emocionado de lo que quisiera.)* ¡Gracias, hombre!

ALCA. *(Después de otro breve momento de silencio.)* Ea, aquí estamos perdiendo el tiempo; con permiso de usted *(Al cura nuevo.)* hemos dispuesto en el Ayuntamiento un pequeño aga-

sajo, y deseáramos que usted nos honrase con su presencia.

**JOSE.** ¡Por Dios!... ¿A qué se han molestado ustedes?... Con muchísimo gusto...

**ALCA.** Pues andando, que se enfría el chocolate. El que quiera que venga, que para todos hay. Vayan pasando.

**JOSE.** (A don Antonio.) Señor cura...

**ANTO.** Dispensen ustedes que no les acompañe. Tengo que recoger unas cosillas y a las seis pasa el tren.

**JOSE.** Pero ¿se marcha usted esta misma tarde?

**ANTO.** Sí... ya... Mi hermana entregará al sacristán las llaves de la casa.

**ALCA.** (Dándoselas de fino.) Por la casa no tenga usted prisa, que aquí el señor cura tiene alojamiento en la mía, mientras haga falta. (El cura nuevo se inclina.) Sin cumplimientos.

**ANTO.** No, si todo está listo. Además (Sonriendo.) mis viejas me estarán esperando... yo también tengo toma de posesión.

**ALCA.** Eso allá usted. Hasta más ver.

**JOSE.** Adiós, entonces. Y sabe usted que cuenta con un amigo incondicional.

**ANTO.** (Estrechándole la mano.) Bienvenido... y buena suerte.

**JOSE.** (A doña Paquita, que se inclina sin responder.) Señora... (A don Francisco.) Doctor... hasta la vista.

**FRAN.** Buenas tardes. (Todos van saliendo. Lucía va a salir con los demás, sin ocuparse de los que quedan. Mateo la detiene.)

**MATEO.** (A Lucía con un poco de reproche en el tono.) Dile algo a tu madrina.

**LUCIA.** (Por cumplir y deseando acabar.) ¿Quiere usted que me quede para ayudarla?

**PAQU.** (Con intención.) No, hija; si ya lo tengo todo listo.

**ALCA.** (Desde la puerta.) Lucía, Mateo. ¿Vamos?

**LUCIA.** Voy.

**PAQU.** (Con desabrimiento.) Anda, hija, anda.

- MATEO. No nos despedimos, porque bajaremos los dos a la estación.
- ANTO. Eso es... marchaos. *(Salen todos. Quedan don Antonio, don Francisco, doña Paquita y Juanillo. No hablan. Suena un alegre volteo de campanas, estallan cohetes en la calle y rompe a tocar un pasodoble la banda de música, que se supone estaba en la calle, delante de la iglesia, esperando la salida del cura nuevo.)*
- JUANI. *(Que al oír la música y los cohetes, se olvida de todo y se precipita hacia la calle.) ¡Cohetes!*
- PAQU. *(Con amargo reproche.) ¡Juanillo!*
- ANTO. Déjale, mujer.
- JUANI. *(Deteniéndose, arrepentido y confuso.) No, señor..., si no iba a ninguna parte.*
- PAQU. *(Haciendo un esfuerzo por aparentar serenidad.)* Voy a ver si ha quedado algo por recoger... *(A Juanillo.)* Ven conmigo.
- ANTO. Eso es... Cuando esté todo listo, me venís a buscar. *(Salen doña Paquita y Juanillo. Siguen sonando las campanas y la música un instante. Estallan los últimos cohetes. Don Antonio, vencido por la emoción, se desploma en una silla, y apoyando la frente en la mesa de piedra, llora un instante; después hace un violento esfuerzo por serenarse, y lo consigue. Con la voz rota.)* ¡Todo sea por Dios! ¡Todo sea por Dios! *(Enjugándose las lágrimas rudamente con las dos manos.)* Ea... ea. *(A don Francisco, con amargura.)* Aquí tiene usted todo el valor de un hombre. ¡Usted dispense!
- FRAN. Si ahora va usted a querer disimular conmigo...
- ANTO. ¡Hemos terminado!
- FRAN. Tiene usted razón; ¡hemos terminado!
- ANTO. ¡Este pueblo, este pueblo! *(Los dos hablan con exaltación, y al principio casi cada uno por su lado, como si cada uno hablase de sí mismo y consigo mismo.)*
- FRAN. *(Paseando de un lado a otro.)* ¡Qué feo y qué

imposible le pareció a uno el primer día! Yo no resisto aquí una semana, recuerdo que le dije a mi mujer, ¡y van casi treinta años!

ANTO. ¡Treinta y pico!

FRAN. (Con un poco de rencor.) ¡Y ha llegado uno a tomarle cariño a toda esta barbarie y esta inmundicia!

ANTO. ¡A estos terrones secos, a estas gentes más secas que los mismos terrones!

FRAN. ¡Sí; a fuerza de sudar sobre el surco, hasta los cardos borriqueros llegan a parecerle a uno rosas!

ANTO. ¡Y hemos sudado!

FRAN. ¡Digo!... ¡Esas carreteras sin un árbol, con todo el sol de agosto, verano tras verano!...

ANTO. ¡Estas almas de piedra berroqueña, día tras día!

FRAN. Ayer vendí el caballo, porque ya... ¿para qué? Mi mujer lloraba cuando se lo llevaron.

ANTO. ¿Y se queda usted aquí, a ver subir al otro?

¡Es valor!

FRAN. Valor o cobardía. ¿Dónde voy a mis años? Tengo cuatro terrones. Los hijos andan cada uno por su lado ganándose la vida. A mi mujer y a mí con poco nos basta... ella dice que viviendo en la casa donde eran todos chicos, se le figura que los tiene al lado (*Limpiándose los ojos.*), ¡cosas de mujeres!... Yo... ¿qué quiere usted? Descansaré mientras trabaja el otro y me consolaré pensando, aunque acaso no sea verdad, que yo lo hubiera hecho mucho mejor que él. ¡El tiempo sobre todos!

ANTO. ¡Dios sobre todos, mi señor don Francisco!

FRAN. (*Sonriendo.*) ¡Lo mismo da!

ANTO. (*Con apasionamiento, como quien se acoge al último consuelo.*) ¡No da lo mismo, no da lo mismo! ¿Usted cree que si no fuera pensando que es voluntad de Dios, podría yo resignarme a esto, que es como arrancarme la raíz de la vida?

- FRAN. ¡A todo se resigna uno cuando no hay más remedio!
- ANTO. Sí, porque Dios da fuerzas para resistir, y bajo las aias de su misericordia, nos quedamos quietos, diciendo: ¡Hágase tu voluntad!
- FRAN. (*Ser-namente.*) Nos quedamos quietos, como usted dice, porque el instinto, que es muy sabio, nos advierte que el primer remedio para las heridas, es la inmovilidad.
- ANTO. Entonces, ¿usted cree, en esta hora tan triste, que no hay Dios que le ampare, que está usted abandonado en este mundo, solo?...
- FRAN. No estoy solo: tengo a mi pobre vieja, que ha vivido cuarenta años conmigo, que me ha querido siempre; le tengo a usted... tengo mi conciencia que siempre me acompaña.
- ANTO. ¿Y no le pide a usted imperiosamente la existencia de algo para después, de una sanción, de un fin que dé un por qué y un para qué a la vida?
- FRAN. ¡Me basta con haberla vivido honradamente!
- ANTO. Pero ¿cómo ha podido usted perder así la fe?
- FRAN. No la he tenido nunca, ni la he necesitado.
- ANTO. No, no me diga usted que no ha rezado nunca, que nunca ha levantado usted el corazón a Dios, que se va usted a morir sin llamarle para que le acompañe en el terrible tránsito...
- FRAN. De chiquillo he rezado con mi madre, porque quería ella... aún tengo el rosario al que ella añadía tantos padrenuestros y que tantos sueños me ha hecho pasar. De novio, he ido a misa con la que es mi mujer, por complacerla... si me muero antes que ella, por dejarla tranquila, haré que llame al cura; si va ella antes que yo, me moriré en paz, sin comedia y sin miedo, como se duerme un niño en brazos de su madre...
- ANTO. Señor... señor...
- FRAN. Créame usted, amigo, da lo mismo. No hay más que una cosa: ser hombre de bien o no serlo... y eso, se nace o no se nace. Lo demás

son sueños: en unos, neurastenias; en otros, ignorancias o cobardias; en los corazones nobles como el de usted, flores con que ir perfumando el camino. Usted cree en un Dios, espera en un cielo; pero, dígame usted sinceramente: aunque perdiera usted esa fe y esa esperanza, ¿sería usted capaz, por todo lo del mundo, de cometer una mala acción?

- ANTO. (*Humildemente.*) No lo sé, no lo sé... la carne es flaca...
- FRAN. ¡Pero tiene nervio! (*Entra doña Paquita y Juanillo. Doña Paquita trae la Virgen, un maletín grandecito y un estuche de cáliz y patena; Juanillo una cesta con la merienda para el tren y otros varios paquetes. Doña Paquita cierra con llave la puerta de la casa.*)
- PAQU. (*Cerrando.*) Ea... ya está.
- ANTO. ¿Todo?
- PAQU. No queda nada dentro. Voy a entregar las llaves. (*Llamando en la puertecilla que da a la iglesia.*) ¡Benito, Benito! (*Nadie responde.*) Toma, Juanillo, llévaselas tú a la sacristía.
- JUANI. Pue que se haya ido también al Ayuntamiento, porque bien que le gusta el chocolate. (*Va a salir con las llaves y la cesta.*)
- PAQU. ¡Suelta esa cesta, que nos vas a dejar sin merienda, enemigo! (*Sale Juanillo. A don Antonio, dejando el maletín sobre la mesa de piedra.*) ¿Quieres meter algo en el maletín?
- ANTO. Sí, el breviario. (*Le da el breviario, que está encuadernado en estameña negra, y doña Paquita le guarda en el maletín.*)
- FRAN. (*Cogiendo el estuche del cáliz.*) ¿Qué es esto?
- PAQU. El cáliz de éste. La única joya que hay en casa.
- ANTO. Me lo regaló la madrina cuando canté misa. Mejor es que vaya en el maletín. (*Doña Paquita guarda en el maletín el estuche del cáliz.*)
- PAQU. ¿Y la Virgen? Envuelta en un pañuelo de seda, también puede ir dentro.
- ANTO. Deja, deja, la llevaré yo.

- PAQU. Ya está ahí la tartana.
- ANTO. Pues mira, subes tú con Juanillo, y yo iré a pie después; no quiero llamar la atención.
- PAQU. Yendo por el atajo, no nos ve nadie. (A don Francisco.) ¿Viene usted con nosotros?
- FRAN. Si, señora.
- JUANI. (Que entra relamiéndose.) ¡No lo dije! ¡En el Ayuntamiento estaba! ¡Menuda bulla!... ¡Buenos se están poniendo! ¡Me ha dao un merengue por la ventana!
- PAQU. (Dejándose caer en la silla y echándose a llorar con desconsuelo.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!
- ANTO. (Queriendo tranquilizarla.) Vamos, Paquita, vamos...
- PAQU. (Con apasionamiento.) ¡Somos tan viejos! ¡Todos tan viejos! Para lo que nos queda que vivir, ¿no podían haber esperado un poco?
- FRAN. La juventud no tiene espera, señora...
- PAQU. (Con dolor apasionado.) ¡Ni entrañas!
- ANTO. ¡Dios sabe lo que hace y lo que nos conviene! Anda, anda... no llores.
- FRAN. Vamos. (Da el brazo a doña Paquita y coge el maletín. Doña Paquita coge alguno de los paquetes. Salen.)
- JUANI. (Conmovido y rabioso ante el dolor de todos.) ¡Maldita sea! ¡Y el otro atracándose de dulces y de vino y de to! (A don Antonio.) ¿Quiusté que me vaya a la plaza a esperarle, y en cuanto que salga, de una "pedrá" le dejo seco?
- ANTO. (Espantado.) ¡Jesús! Pero ¿tú sabes lo que dices? ¡Calla, Satanás, calla! (Cogiéndole de un brazo y mirándole a los ojos.) La voluntad de Dios, hijo, es la que todo lo dispone (Agitado.) y nadie... ¿lo oyes?, nadie tiene la culpa. ¡No vuelvas a decir semejante cosa, que es pecado mortal, ¿lo oyes?, pecado mortal!
- JUANI. (Comprendiendo vagamente, ante la agitación del cura, que ha dicho una atrocidad.) Señor cura... yo... es que... (Echándose a llorar.) ¡Maldita sea!
- ANTO. Anda... ¡Coge esa cesta... y no se hable más!

*(Juanillo coge la cesta y sale. Don Antonio se queda un momento solo; pasea los ojos por todo el huerto, como para decirle adiós; suspira, y dirigiéndose lentamente a la mesa, toma en brazos a la Virgen y le dice con resignación y amor, pero sencillamente. A la Virgen.) Vámonos, señora, vámonos. (Cae el telón, mientras el sacerdote atraviesa el huerto, y sale a la calle.)*

TELON



R  
8881

PE

A. AGUI

Gobierno de  La Rioja  
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



\*10000346192\*

PROVINCIAL

EL TEATRO  
MODERNO

FRU-FRU

PUBLICACIONES

